

Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional

La sucesión de crisis de la cultura moderna, en el plano político, cultural y filosófico, tiene amplia repercusión en la vida de la Iglesia, con la cual estas crisis interactúan. Si es verdad que el pensamiento y la práctica de la vida cristiana reciben el influjo de la visión moderna y contemporánea sobre el hombre, también lo es que ciertos desarrollos filosóficos, teológicos y espirituales de la cultura cristiana han contribuido potentemente a generar los desequilibrios profundos de la modernidad.

La noción de vocación no es ajena a estas crisis y a la interacción entre la Iglesia y el mundo moderno. Si partimos del simple hecho de la falta de suficientes vocaciones a la vida consagrada que caracteriza gran parte de la vida eclesial de nuestros días, encontraremos indicios de una crisis en la misma concepción teológico-espiritual de la vocación, que nos harán pensar en la necesidad de una *refundación espiritual* de la colocación de la noción de vocación en el conjunto de la vida sobrenatural de la Iglesia.

Un primer indicio de esa crisis lo encontramos en la creciente “psicologización” del concepto de vocación. No se trata solamente del masivo recurso a las técnicas psicológicas para el discernimiento vocacional, sino también de un concepto “naturalista” de la vocación, incluso tratándose de la llamada a la vida consagrada. Este naturalismo es solidario de una concepción individualista centrada en la primacía de la libertad, por una parte, y en la fuerza de los condicionamientos interiores y exteriores, por otra.

Otro indicio está constituido, como consecuencia del anterior, por una visión de la vocación como situación en un conjunto social concebido cada vez más de modo independiente de la profundidad del misterio de la fe, y más dependiente de la satisfacción de necesidades de desarrollo natural de las personas y de los grupos sociales en vista de un éxito constatable.

Un tercer indicio es el pragmatismo que impulsa a considerar los sacramentos y los compromisos, o votos, de los consejos evangélicos, en función de exigencias urgentes de las organizaciones eclesiales de todo nivel, diócesis, parroquias, órdenes religiosas, antiguas y recientes, movimientos... cuya existencia y naturaleza han sido configuradas, a su vez, por una concepción profundamente moderna de la vocación.

Podríamos continuar, pero basta decir que estos signos de crisis concuerdan con los datos de hecho de las crisis de las vocaciones personales de todo

tipo, desde las sacerdotales hasta las religiosas, consagradas y matrimoniales; y con la falta de motivación con que muchos jóvenes de nuestro tiempo perciben cada uno de estos caminos.

Estos hechos y síntomas nos hacen considerar que se presenta como necesaria una profunda reflexión sobre la noción teológica de vocación en la vida cristiana. Está claro que la solución de los problemas en la vida de la Iglesia consiste siempre en un retorno a los orígenes fundacionales que arrancan de la Persona divina del Verbo encarnado, cuya gracia se infundía más plena y visiblemente sobre los cristianos de los primeros tiempos.

En la Sagrada Escritura, “vocación” es principalmente llamada a la santidad. Dios nos eligió para ser santos e irreprochables en su presencia. En este sentido, el cristianismo primitivo nos otorga un ejemplo eminente de concepción de la vocación como desplegada en santidad, en primer lugar en la vida consagrada, sacerdotal o monástica, y luego en el matrimonio y cualquier actividad natural. San Ignacio de Loyola es todavía heredero de esta visión integrada desde la exigencia radical del Evangelio concebida como indiferencia de la voluntad ante el fin, para discernir y elegir siempre lo más conveniente.

La teología de Santo Tomás de Aquino, a la que Ignacio se refiere, es, por lo que concierne a la vocación, perfectamente tradicional. No hace falta ninguna disposición psíquica o natural especial para seguir establemente los consejos evangélicos, sino sobre todo docilidad a la gracia divina en el acto voluntario, que es propia en manera particular de los jóvenes de espíritu (*Summa theologiae* II-II q.189). En este sentido, la concepción tomista desciende directamente de San Benito y de los padres antiguos.

El discernimiento vocacional, pues, implica siempre la apertura radical al Evangelio, sea para seguir los consejos en diferentes formas de consagración, sea para emprender el matrimonio entendido como camino de santidad, que requiere conciencia y disposición para asimilar su significado místico sobrenatural. Sin la indiferencia para seguir los caminos divinos con libertad, ninguna vocación se realiza verdaderamente como llamada divina a participar de la Pasión y la Resurrección de Cristo en orden a la Bienaventuranza.

Pero si quisiésemos explorar con mayor audacia los posibles fundamentos de una renovación espiritual de la noción de vocación en nuestra época —en el contexto de las sucesivas y reiteradas crisis de la modernidad profana y eclesial, signada por el racionalismo que se refleja en una espiritualidad activista, angustiosa o superficial, centrada en actos humanos particulares sin fondo contemplativo, o en visiones generales imprecisas y poco profundas y eficientes prácticamente—, podríamos retornar a uno de los escritos sobre

los cuales se funda la construcción de la cultura y de la vida cristiana en la Iglesia de occidente. Además de las obras del gran Doctor Agustín de Hipona, es en el Cuerpo de los escritos del Autor desconocido denominado Dionisio Areopagita donde encontramos una de las visiones más originales e integradas no solamente de cada vocación en el conjunto de la Iglesia, sino también de su relación recíproca, asumida, luego, por los grandes autores que determinaron la configuración de la cristiandad, como San Buenaventura y el mismo Aquinate.

La obra de Dionisio desarrolla especialmente los aspectos interpersonales y comunitarios de la noción de vocación, radicados en una profunda concepción de la fe, necesarios para vencer el carácter individualista y psicologista de la noción de vocación que prevalece en general en la espiritualidad moderna y contemporánea, correspondiente a una comprensión estrecha de la libertad. Sujetos singulares solitarios insertados en sistemas impersonales, a todos los niveles de la vida eclesial, no pueden sino sufrir un purgatorio que no siempre produce buenos frutos de santidad integral, pues muchas veces se generan actitudes de profunda tristeza, de acidia, basada sobre la *incomunicación* contraria a la verdadera amistad, es decir a la caridad, que produce gozo y paz.

Dionisio nos ayuda, con el aporte de una noción teológica decisiva, a captar el lugar en el corazón de la Iglesia, al decir de Santa Teresa del Niño Jesús —que eso es la vocación—, de las personas y las comunidades: la de *jerarquía*, principado sagrado. El Principio sin principio es el Padre. Sin paternidad no hay vocación. Toda vocación se entiende por relación a la vocación eterna y temporal del Hijo.

Es por eso que la auténtica vocación del hombre, del varón, no puede entenderse sino a la luz de la paternidad constituida por el orden sagrado o por la misión dentro del matrimonio, que *participa* de la primera. La vocación de la mujer no puede concebirse sino como la de hija del Padre y compañera del Hijo, en la consagración o en el matrimonio camino sobrenatural. De esta propia manera reflejará la Paternidad divina.

Por eso, sobre todo en la mujer, se realiza la iniciación jerárquica que Dionisio denomina en su gran obra sobre el orden eclesial —la *Jerarquía Eclesiástica*—, monástica. Se trata naturalmente de un *concepto espiritual de monaquismo*, anterior al desarrollo de las órdenes y congregaciones religiosas más recientes, e *independiente del modo de realización externa y canónica*. El monje y la monja, *unificados* por la luz divina, participan de la luz jerárquica recibida de Dios mismo a través de los obispos, sacerdotes y diáconos y la transmiten al pueblo.

El pueblo santo es por eso contemplativo, reflejando en el matrimonio y la vida unificada desde la Eucaristía la luz divina que recibe a través del orden monástico de los iniciados, inmediatamente conectados con los sagrados ministros que transmiten la luz que purifica, ilumina y une con la Trinidad santísima. En esta manera, los monjes se sitúan en el centro, en el corazón de la vida de la Iglesia, toda entera constituida por la santidad de la caridad, el vínculo de la perfección.

Las grandes *organizaciones* desarrolladas en todos los niveles de la vida de la Iglesia contemporánea, por influjo filosófico y sociológico de las ideas y de la práctica de la existencia de la modernidad, no siempre permiten reflejar la estrecha unión personal —en la luz de la fe que obra por la caridad—, propia de la vida consagrada respecto de los órdenes de los Iniciadores que representan la Paternidad divina; y respecto del pueblo santo, entendido no como categoría abstracta, sino como realidad personal y familiar, llamada por vocación divina a ser apostólica respecto de los más alejados de la Luz que desciende a través de la Jerarquía de los ángeles y de los hombres.

Una visión más contemplativa de la vocación, como la que encontramos en las obras de Dionisio, ayuda a entender por qué toda vocación lo es no solamente como relación a Dios, sino también como *llamada* a la Iglesia, según la visión recordada especialmente por el Concilio Vaticano II (*Lumen gentium* 13). La vocación es el “lugar espiritual”, en un conjunto ordenado, en un Cuerpo, de un don otorgado por la luz del Padre de las luces, de quien desciende todo don perfecto, en el que los dones naturales adquieren su lugar y su función, una vez que se tiene claro el “discernimiento” sobrenatural.

Agustín definía el orden como disposición que da a cada uno su lugar; no puede extrañar que la vocación finalmente se entienda en el conjunto de un orden jerárquico y sagrado o santo.

¿Cómo descubrirán los jóvenes su vocación? ¿Cómo se los ayudará en el discernimiento vocacional? Es necesario partir desde una característica espiritual de la juventud, que es la apertura a la novedad. Tal apertura constituye especialmente lo que clásicamente se denominaba *admiración*. ¿Qué suscita la admiración de los jóvenes? Si es verdad que lo insólito objetivo o subjetivo suscita admiración, también lo es que lo raro en la naturaleza muchas veces desilusiona y cansa. Es, en cambio, *la profunda comunión intelectual y espiritual en la que se descubre amistosamente la verdad la que engendra el interés vital estable y progresivo*.

Sin *contemplación* no hay vocación auténtica y sin *amistad* la vocación es frágil e inestable, sin raíces y sin alimento, especialmente en los jóvenes.

Hay muchos caminos para descubrir y discernir la vocación, pero pasan siempre por el desarrollo de una actitud contemplativa sobrenatural y natural, y por la educación afectiva sensible y espiritual necesaria para la constitución de la verdadera vida eclesial, que no puede surgir simplemente de las *estructuras* de la misma Iglesia establecidas a todos los niveles.

Son, al contrario, estas necesarias organizaciones las que deben ser vivificadas, y también reformuladas, en lo que no es esencial, por una constante renovación contemplativa y afectiva. Solamente así se suscitan, se conservan, y se perfeccionan las vocaciones personales, y en cierta manera, también comunitarias.

Si retornamos a Dionisio, encontraremos puntos luminosos de inspiración. En el universo dionisiano la conexión de las creaturas racionales está dada por la contemplación y por la amistad o comunión.

Dionisio Areopagita contempla las vocaciones de manera profundamente orgánica desde la excelsitud de Dios, cuyas operaciones se participan en las creaturas racionales. El resultado es una concepción elevadísima en el orden sobrenatural de cada vocación cristiana.

La Tearquía primero purifica las mentes donde penetra y luego las ilumina. Siguiendo su iluminación, las perfecciona en su plena conformación con Dios. Siendo esto así, es claro que la jerarquía, a imagen de lo divino, se divide en distintos órdenes y poderes para manifestar que las actuaciones de la Deidad sobresalen por su santidad y pureza, permanencia y distinción de sus órdenes (*Jerarquía Eclesiástica*, c.V n.7; PG III 508 D 509 A).

Para el gran Autor desconocido, el orden divino de los obispos es el primero de los que *contemplan* a Dios, orden primero y último, pues en él tiene cumplimiento y termina la jerarquía humana, como toda jerarquía termina en Jesucristo. Sus actuaciones litúrgicas, en efecto, son imagen del poder de la Deidad.

El orden iluminador de los sacerdotes guía a los iniciados hasta la recepción de los sacramentos [...] Da a conocer las obras de Dios por medio de los símbolos sagrados y prepara a los postulantes a contemplar y participar de los santos sacramentos. Pero a cuantos desean pleno conocimiento de los misterios contemplados, el sacerdote los manda al obispo (*Jerarquía Eclesiástica*, c.V n.6; PG III 505 D - 508 A).

El orden de los diáconos tiene gran importancia operativa. Purifica y somete a prueba a quienes no llevan la semejanza con Dios dentro de sí mismos, y a los ya purificados los eleva hasta las luminosas funciones de los sacerdotes. Los diáconos preservan a los sacerdotes del contacto con lo

profano. En efecto, la altísima concepción del sacerdocio implica que su ejercicio se realice desde la más elevada santidad.

A continuación trata de los órdenes que forman los iniciados. Estos son los órdenes formados por quienes están en vías de purificación bajo el cuidado y poder purificador de los diáconos. Gracias a este poder pueden aquéllos acceder a la contemplación y a la comunión iluminadoras de los sacramentos más luminosos.

Forman el orden intermedio los que se inician en la contemplación de algunos misterios sagrados y que, estando ya bien purificados, participan de ellos según su capacidad. Este grupo, para su iluminación, se ha confiado a los sacerdotes. Estando purificados de cualquier mancha oculta y con mentes sólidamente formadas en santidad, llegan a conseguir *un estado habitual de contemplación*.

Participan, en la medida de sus fuerzas, de los símbolos sagrados, y *esta contemplación y comunión los llena de santa alegría*. En la medida de sus fuerzas, y gracias a su capacidad ascensional, se elevan hasta el amor divino de lo que ya conocen. A este orden llamo yo pueblo santo. Ha sufrido una purificación completa, por lo cual es apto para la visión sagrada y comunión de los sacramentos más luminosos, en cuanto es posible (*Jerarquía Eclesiástica*, c.VI n.2; PG III 532 B-C).

La culminación del pueblo santo está constituida por aquellos que se elevan a la contemplación perfecta de los misterios divinos, y que por eso mismo están en condiciones de participar de la misión de los sacerdotes sobre los demás integrantes del pueblo.

El santo orden de los monjes es el más excelso de todos los iniciados. Ya están purificados de toda mancha y tienen pleno poder y santidad completa en sus actividades. Dentro de lo posible, este orden ha entrado en la sagrada actividad contemplativa y ha logrado contemplación y comunión intelectual. Se les ha confiado al poder perfeccionador de los obispos [...] Se elevan, gracias a esta ciencia sagrada, y según sus propios méritos, hasta la más completa perfección correspondiente a este orden. Por eso nuestros santos jefes consideraron que tales hombres eran dignos de varias denominaciones sagradas. Alguien los llamó “terapeutas” o cuidadores. También “monjes”, por la perfección con que celebran el culto, es decir, el servicio de Dios, y porque su vida, lejos de andar dividida, permanece perfectamente unificada por su sagrado recogimiento, que excluye toda distracción y los capacita para llevar a perfección un peculiar género de vida que los identifica con Dios y los abre a la perfección amada por Dios (*Jerarquía Eclesiástica*, c.VI n.3; PG III 532 C – 533 A).

Según Dionisio, la institución sagrada les ha otorgado una gracia perfeccionadora, y juzgado dignos de hacer una invocación santificadora reservada a los sacerdotes piadosos, que dan santamente bendiciones jerárquicas.

He aquí algunas preciosas inspiraciones para los jóvenes de nuestro tiempo, que pueden contribuir a renovar profundamente el sentido de todas las vocaciones desde la simplicidad unificada de la llamada universal a la verdadera santidad, genuino programa espiritual de nuestra época según el Concilio Vaticano II (*Lumen Gentium* c.V).

Está claro que no habrá auténtica renovación en la concepción cristiana de la vocación, sea al sacerdocio, sea a la vida consagrada, como al matrimonio, si no se considera estas vocaciones radicalmente a la luz de la fe, y como insertadas en la llamada a la santidad más íntegra, no solamente individual, sino del conjunto de la Iglesia, y de cada propio nivel vocacional.

La Providencia nos colocó en el mundo moderno, que de lugar de confusión, puede transformarse en lugar espiritual de nuestra realización personal y comunitaria, por la acción de la gracia que todo renueva. Confiando en la gracia, los jóvenes, dóciles a la paternidad, alcanzarán nuevas formas y caminos -siempre nuevos y profundamente tradicionales a la vez-, de realización del Plan divino.

En especial, nuevas maneras de vida consagrada que proponen nuevamente lo esencial a la luz de la fe -la cual introduce en el misterio de la propia vida y de la vida de las comunidades- surgirán de la tradición que hunde sus raíces en la Revelación santa de Dios mismo.

La santa audacia de los jóvenes fieles a la gracia, confortados por la mirada contemplativa de los padres, hará que surjan siempre nuevos monasterios espirituales, y por qué no, también materiales, para alegría de los santos sacerdotes que, formando nuevas familias espirituales —aún en el seno de las antiguas—, elevarán al Dios vivo la alabanza de toda la creación.

Está claro que el camino de la renovación de todas las vocaciones en nuestro tiempo, y en las situaciones difíciles de nuestra vida eclesial, pasa por la adecuada consideración de la mística como esencial a la verdadera vida cristiana, como informadora de todos los caminos espirituales desde la profundidad de Dios.

Para el discernimiento o discreción sobrenatural de las vocaciones, es necesario reparar la confusión espiritual y las inversiones. Hay confusión donde no hay orden y discreción objetivos. Hay inversión donde la mirada contemplativa del fin deja de ordenar el todo. Inversión es: primacía de lo natural sobre lo sobrenatural, de la acción sobre la contemplación, de lo exterior sobre lo interior, de las relaciones jurídicas sobre la amistad, de la

organización sobre la vida personal y comunitaria, de los fines inmediatos sobre la santidad, de los métodos sobre la solidez de la vida substancial...

Las auténticas vocaciones emanan del orden espiritual. Dionisio, gran maestro de la discreción o distinción espiritual, nos transmite la gran inspiración del retorno al orden siempre antiguo y siempre nuevo que viene del Orden de la Trinidad divina, de la que todo surge y a la que todo retorna como *vocación*. La belleza espiritual es “vocación” para él (*De los nombres de Dios*, c.IV n.7; PG III 701).

Ecclesia*

* Este editorial ha sido redactado por el P. Ignacio Andereggen, profesor de filosofía en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*, en la Pontificia Universidad Gregoriana y en la Pontificia Universidad Católica Argentina.